

## El hombre que preparaba su propio café

A CAMILO RESTREPO

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

Escena: apartamento de soltero del "doctor" Eliseo Mora, en los bajos de la antigua casa pueblerina del coronel Ocampo. Aparte del diálogo, no hay otro rumor que el de la cafetera metálica que hierve...

*Eliseo* (orgullosamente)—Conque... ¿Qué me dice usted, coronel? ¿No le parece una maravilla?

*Coronel* (asombrado)—Una verdadera maravilla, mi querido Mora...

*Eliseo* (entusiasta)—¿Sí se fija qué perfección de mecanismo? Lo único que hay que hacer es medir bien el agua, echarla en el recipiente, y conectar luego el swiche en el tomacorriente...

*Coronel*—¿Ajá?

*Eliseo*—Se deja hervir el agua. Y cuando uno siente que ya está hirviendo, le echa sencillamente el café... Una cucharadita dulcera, mermadita, por cada pocillo... En este caso no le echamos sino dos, porque somos apenas usted y yo... ¿Se fija?... ¿Ah?... Cómo le parece?

*Coronel* (encantado)—Una maravilla.

*Eliseo*—¿Sí ve, coronel? La gracia de este aparato es que la infusión conserva todo el aroma... Como el proceso se hace por la pura acción del vapor...

*Coronel*—Sí, cómo no, ya veo.

*Eliseo* (doctamente)—Lo importante es que el aparato esté tapado herméticamente mientras se hace la infusión.

*Coronel*—¿Ajá? Qué bien... Y dígame una cosa, mi querido Mora: ¿cómo se llama este aparato tan sumamente bueno?

*Eliseo* (suficiente)—Este aparato se llama greca, mi querido Coronel... La última palabra, para que usted sepa. Lo compré en Bogotá la semana pasada, y aquí lo tiene. Mis buenos pesos me costó.

*Coronel* (vivamente)—Claro, me figuro. Pero eso no importa. Sepa que le alabo el gusto. El que puede darse cómodamente un lujo, pues que se lo de. Para eso sirve la plata.

*Eliseo* (satisfecho)—Eso mismo digo yo, Coronel... Permítame un momento... Qué bien... Esto ya estuvo... ¿Sí ve? Ahora desconectamos y servimos nuestro cafecito... Tenga la bondad de acercarme los pocillos... Va usted a ver qué aroma... (breve pausa).

*Coronel* (entendido)—Se le siente...

*Eliseo*—Ya le decía... Acérqueme su pocillo, por favor...

*Coronel*—Así... Así no más... gracias... Es suficiente...

*Eliseo*—¿Le pone azúcar?

*Coronel*—Sí, un poquito.

*Eliseo* (paladeando el suyo)—¿Njn? Me quedó cargadito. Pero mejor... Yo lo tomo sin azúcar para no desvirtuarlo... Hasta bobada será. Pero es cuestión de gusto.

*Coronel* (complacido)—Esto sí es café.

*Eliseo*—¿No es cierto que sí, Coronel?

*Coronel* (con deleite)—De primera, hombre. Ya me habían hablado de esto. Tenía verdadera curiosidad por probar.

*Eliseo* (interesado)—¿Le habían hablado?

*Coronel*—Sí, como no. Clímaco Salazar y Alvaro Gutiérrez... Sepa que usted se ha convertido en un verdadero personaje en este pueblo...

*Eliseo* (ríe satisfecho)—Ja, ja, já... Qué bien... Qué bien...

*Coronel* (riendo también)—No hacen sino hablar de su... de su...

*Eliseo*—Greca, Coronel... greca.

*Coronel* (riendo)—Es es: greca, o como se llame... Emiliano Severino, el maestro, a quien le gusta tanto hablar fino, dice que usted es... ¿Cómo es que dice?... Ah, sí: dice que usted es un verdadero alquimista del café.

## — II —

Al amor de las copas, en la fonda veredana, de regreso de la inspección pericial.

*Eliseo* (amable)—Pues sí, mi querido Don Ramón. Ha de saber que lo felicito.

*D. Ramón*—Gracias, doctor.

*Eliseo*—Yo no es que sepa mucho en cuestión de propiedades. Pero sí le digo que esa finquita es una verdadera tacita de flores.

*D. Ramón* (satisfecho)—¿Sí le parece?

*Eliseo* (enfático)—¿Que si me parece? No faltaba más. Una belleza. Y muy productiva, si no estoy mal.

*D. Ramón* (modestamente)—Pues sí, es la verdad. Tiene sus quince mil arbolitos de café, su montecito, manga para diez animales y unas aguas lindas.

*Eliseo* (humorístico)—Sepa, pues, mi don Ramón, que usted ya va estando de aborrecer.

*D. Ramón* (ingenuo)—¿Por qué?

*Eliseo* (golpeándole cariñosamente la espalda)—Va estando platudito el hombre... Sepa que me alegro de todo corazón.

*D. Ramón*—Gracias.

*Eliseo* (sentencioso)—Cuando yo veo un amigo como usted, buen ciudadano, buen conservador, buen padre de familia... Pues me encanta que consiga plata.

*D. Ramón* (modesto)—Lo importante es no hacerle mal a nadie y darle algún gustico a la familia.

*Eliseo*—Claro. A la familia... Y con ese par de muchachas que usted tiene...

*D. Ramón* (modesto)—Pues sí. No es porque sean mis hijas... Pero la pura verdad es que son muy buenas muchachas.

*Eliseo* (amable)—Como tan hacendosas... Como tan consideradas... Se les ve la alegría por encima.

*D. Ramón*—¿Le parece?

*Eliseo*—Claro que sí.

*D. Ramón* (cauto)—Por lo menos Mercedes...

*Eliseo*—¿Y Teresita?

*D. Ramón* (suspira hondamente)—Pobre hijita mía...

*Eliseo* (interesado)—¿Es que le pasa algo? Yo la veo siempre muy bien y muy consagrada a su costura.

*D. Ramón* (con amargura)—Dice el dicho que caras se ven pero corazones no. Usted cree que yo vivo muy contento y muy tranquilo... No debiera decírselo, porque hay cosas y dolores que un padre debe ocultar siempre en el fondo del alma... Ha de saber que esa pobre hija mía me ha costado muchas lágrimas...

*Eliseo* (interesadísimo)—¿Cómo así, don Ramón?

*D. Ramón* (rotundo)—Así como suena, doctor Mora: muchas lágrimas... Pero más son las que ella ha derramado a solas...

*Eliseo* (confuso)—Me deja usted pasmado, don Ramón.

*D. Ramón* (trágico)—Así como suena. Teresita es una muchacha completamente desgraciada. Claro que ella no se lo deja conocer, porque es orgullosa. Aparentemente solo le interesan sus figurines y sus trapos... Pero sabe Dios cuánto trabajo le cuesta.

*Eliseo* (asombrado)—Jamás me lo hubiera figurado.

*D. Ramón* (sordamente)—Pues ya ve. La procesión va por dentro, como se dice.

*Eliseo* (emocionado)—Con lo suave y lo querida que es la Teresita.

*D. Ramón* (confidencial)—A usted se lo puedo contar todo, doctor, porque es amigo de la casa. Antes me gusta que lo sepa para que me ayude a distraer un poco a esa pobrecita muchacha.

*Eliseo* (vivamente)—De mil amores, don Ramón. Y le agradezco en el alma esa confianza que quiere depositar en mí... Le aseguro que procuraré merecerla.

*D. Ramón* (caluroso)—De eso estoy seguro. Un padre no se equivoca nunca.

*Eliseo* (reprimiendo la curiosidad)—De modo que...

*D. Ramón*—Mi hija Teresita es una desgraciada...

*Eliseo* (impulsivo)—¿Del todo?

*D. Ramón* (dramático)—Del todo.

*Eliseo* (confuso)—Vea, pues, qué cosa...

*D. Ramón*—Un amor imposible le corroe el alma...

*Eliseo*—¿Qué me dice usted, don Ramón querido?

*D. Ramón*—Lo que oye... Mi pobre hijita fue engañada por un hombre sin entrañas.

*Eliseo* (confuso)—Diablos... Qué tipo ese...

*D. Ramón*—Un completo sinvergüenza.

*Eliseo*—Una verdadera porquería...

*D. Ramón* (rencoroso)—A quien se lo dice...

*Eliseo* ((indeciso)—De modo que Teresita... Ave María... Qué cosas las que suceden.

*D. Ramón* (vivamente)—¿Qué está usted pensando?

*Eliseo* (sorprendido)—Nada. ¿Por qué?

*D. Ramón* (receloso)—Espero que usted no va a pensar nada malo, ¿entiende? Teresa es una señorita, con todas las de la ley...

*Eliseo*—Claro... Claro...

*D. Ramón*—Lo que a ella le pasó, le puede pasar a cualquiera muchacha decente.

*Eliseo*—Desde luego.

*D. Ramón*—Teresita tenía un novio... Uno de esos agentes viajeros que caen de pronto por los pueblos... A mí no me gustaba nada al principio... No me lo podía tragar...

*Eliseo*—Qué se lo iba a tragar.

*D. Ramón*—Pero no parecía, en realidad, mala persona. Era trabajador, simpático, en fin...

*Eliseo*—¿Y Teresita?

*D. Ramón*—Se enamoró del sujeto perdidamente. Pero un amor de esos que ya no se ven.

*Eliseo*—Me lo imagino.

*D. Ramón*—Para abreviar, arreglaron matrimonio y todo parecía muy bien... Teresa estaba en el colmo de la felicidad... Habían comprado los muebles y todo estaba listo... Yo hasta les había prestado una casita lo más bonita para que vivieran mientras tanto...

*Eliseo* (intrigado)—¿Y qué pasó?

*D. Ramón* (rencoroso)—Que el zambo se largó de la noche a la mañana y no se volvió a saber nada de él. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

*Eliseo* (grave)—Menos mal.

*D. Ramón*—Pero para mi pobre hija fue un golpe espantoso, superior a sus fuerzas... De eso hace ya dos años, y la pobrecita no ha podido volver en sí. Usted la ve muy bien... Claro, porque ella no cuenta nada y se traga sus amarguras. Pero yo estoy seguro de que ese dolor la mata lentamente.

*Eliseo* (solemne)—Una verdadera tragedia sentimental.

*D. Ramón* (vehemente)—La peor que le puede ocurrir a una mujer Y más todavía porque ella se empeña en aguantarla a solas, para que nadie sepa su callado sufrimiento.

*Eliseo* (conmovido)—Pobre Teresita.

*D. Ramón* (sincero)—Todo esto se lo he contado en el secreto de la amistad, mi querido doctor Mora. Espero, naturalmente, que usted no se lo dirá a nadie. No hay para qué. Y ojalá que ella nunca sepa que usted lo sabe.

*Eliseo* (solemne)—Confíe en mí, don Ramón.

*D. Ramón* (efusivo)—Se lo he contado solamente para que comprenda la situación de Teresa. Para que me la consuele y me le de ánimos, sin que ella se de cuenta de que sabe su historia y la compadece.

*Eliseo* (grave)—Así lo haré, señor.

*D. Ramón*—Vaya usted a mi casa cada vez que pueda. Ojalá todas las noches. Lo que ella necesita es un amigo de corazón, ¿comprende? Un amigo íntimo que le sirva para poder olvidar...

*Eliseo*—Exactamente. Un tierno y cariñoso amigo. Tenga la seguridad de que yo soy el hombre preciso.

*D. Ramón* (levantándose)—Y ahora, vámonos. Qué barbaridad. Por estar aquí contándole tristezas, me entretuve y le quité a usted casi toda la tarde.

*Eliseo*—No se preocupe, don Ramón.

*D. Ramón*—Vaya por mi casa esta noche.

*Eliseo*—Allá les caigo con toda seguridad. Precisamente quiero dar una vueltecita con las muchachas.

*D. Ramón*—Sobre todo con Teresa, doctor.

*Eliseo*—Claro. Sobre todo con ella... Le digo una cosa don Ramón: sepa que cuando yo me empeño, de serio, en consolar a Terecita... bueno: tenga la seguridad de que se la dejo consolada como es debido.

Dentro de la intimidad familiar del costurero, en una pausa de la labor y al final de un prolongado silencio, Merceditas, la hermana menor, trata solícitamente de iniciar el diálogo fraternal.

*Mercedes*—Estás hoy más callada que todos los días, Teresa...

*Teresa*—¿Sí? Pues no me había dado cuenta.

*Mercedes*—Hace por lo menos una hora que estás clavada en esa costura, y no has dicho ni media palabra.

*Teresa*—Tú sabes muy bien que cuando estoy entretenida en una cosa delicada, no hablo nunca.

*Mercedes*—Antes no eras así.

*Teresa* (intencionadamente)—¿Cuándo es antes?

*Mercedes*—Sabes de sobra a qué me refiero. Es necesario que reacciones, Tere.

*Teresa*—¿Que reaccione de qué?

*Mercedes* (tímidamente)—Papá y yo sabemos que sufres... Que estás pensando siempre en ese hombre. No lo niegues.

*Teresa*—¿Cómo lo saben?

*Mercedes*—No es necesario que nadie nos lo diga. Basta verte a tí. Te pasas horas enteras ensimismada...

*Teresa*—Me gusta trabajar en silencio. ¿Qué tiene de raro? Para hacer bien hechas las cosas, hay que ponerles los cinco sentidos.

*Mercedes*—Pero es que tú estás siempre pensando en lo que no tiene remedio... ¿Por qué te atormentas en vano?

*Teresa* (seca y firmemente)—Míra, Mercedes: no quiero ser desagradecida contigo... Eres la mejor hermana del mundo... Pero ¿quieres que te diga una cosa?

*Mercedes* (inquieta)—¿Qué?

*Teresa* (vivamente)—Que ya estoy cansada... Estoy atrocamente cansada de oírles a ustedes —a papá y a tí— la misma bobada desde hace dos años... Yo no tengo nada, ¿entiendes? Ni estoy sufriendo ni me importa un comino todo eso que ya pasó.

*Mercedes* (suavemente)—¿Por qué lo niegas?

*Teresa* (exasperada)—Yo no estoy negando nada, Mercedes. ¿Qué es lo que les ocurre, por Dios? Lo que pasa, sencillamente, es que no me pasa nada. Y si quieres que te diga la verdad, me gusta mi vida, me gusta mi trabajo. No necesito nada ni me duele nada... Aunque ustedes crean que me estoy muriendo de angustia.

*Mercedes* (casi para sí)—Pobre hermana mía. Al menos eres fuerte y orgullosa.

*Teresa* (casi fuera de sí)—No me hables en ese tono, por lo que más quieras... Te digo que me saca de quicio. Ustedes están a punto de matarme a fuerza de compasión.

*Mercedes* (resentida)—Está bien. No te hablaré.

*Teresa* (arrepentida de su violencia)—Perdóname...

*Mercedes*—No hay nada qué perdonar.

*Teresa*—¿Me quieres?

*Mercedes* (suavemente)—Sí, Bien lo sabes. No tengo más hermana que tú.

*Teresa*—Yo también te quiero mucho, Mercedes. ¿Cómo no voy a quererte? Pero escúchame... Voy a hablarte con todo el corazón... Es necesario que papá y tú comprendan una cosa: que hace muchos días estoy perfectamente tranquila... Al principio me dolió, no voy a negarlo. Pero ahora estoy segura de que me sucedió lo mejor que podía sucederme...

*Mercedes*—¿Hablas sinceramente?

*Teresa* (enfática)—Como si estuviera hablando delante de Dios, Mercedes. ¿Qué tiene de raro que haya olvidado a ese hombre?

*Mercedes*—¿Lo aborreces?

*Teresa*—No, no, no. Qué voy a aborrecerlo. Lo que estoy es agradecida con él. Agradecida de que hubiera hecho eso cuando todavía no podía causarme ningún daño irreparable. Piensa tú qué habría sucedido si me hubiera abandonado después de casarse conmigo.

*Mercedes* (alegremente)—Pero es asombroso...

*Teresa*—¿Asombroso qué?

*Mercedes*—Que me digas todo eso que me has dicho... Y que sea cierto.

*Teresa*—Cierto es, hermana.

*Mercedes*—No sabes lo feliz... que me siento... (rompe en sollozos).

*Teresa* (cariñosamente)—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

*Mercedes*—Nada... Llora por eso... Estoy feliz...

#### — IV —

Hace un rato dejaron de sonar las campanas de la iglesia que llamaban al Rosario vespertino. Por espacio de un cuarto de hora la calle se llenó de taconeos femeninos y de apresuradas devotas... Pero ahora la calle se ha quedado sola y silenciosa. Eliseo espera, nerviosamente en su pequeño apartamento de soltero. Las dos puertas —la de la calle y la del pequeño recibo— han quedado entreabiertas...

*Teresa* (entrando, asustada)—Eliseo...

*Eliseo* (en voz baja y tierna)—Amor mío...

*Teresa* (cuchicheante)—Esto es una locura... Una gran locura...

*Eliseo* (en voz muy baja)—Cálmate... No hay nada que temer.

*Teresa* (recelosa)—¿Y si alguna persona me ha visto entrar? Qué horror... Virgen Santísima. ¿Por qué haré yo estas cosas?

*Eliseo*—Te digo que te calmes, Teresita. Nadie puede haberte visto ni oído. Toda la gente está en el Rosario.

*Teresa*—Y yo aquí...

*Eliseo* (un tanto confuso)—Sí... Tú aquí... Tan linda...

*Teresa*—Tenía que venir... No, no debiera haber venido.

*Eliseo*—¿Pero por qué? Siéntate, amor mío...

*Teresa*—¿Estás solo? ¿De verdad estás solo?

*Eliseo*—Naturalmente... Estaba esperándote a tí...

*Teresa* (a modo de disculpa)—Era una cosa superior a mis fuerzas, más fuerte que mi voluntad... ¿Vamos a estar muy juiciosos, verdad?

*Eliseo*—Por supuesto, reina. ¿Es que no me besas?

*Teresa* (dilatatoria)—Sí... ahora... Eres un sol de hombre... ¿Esa es tu greca?... Qué linda... Tienes que enseñarme a manejarla.

*Eliseo*—No tiene importancia... Teresita mía... Qué maravillosa estás... Cómo te quiero...

*Teresa* (inquieta)—¿Me enseñarás a manejar la greca?

*Eliseo* (evasivo y apasionado)—Sí, claro... Es muy sencillo... ¿Pero por qué no te pones más cómoda? Déjame que te coloque este cojincito a la espalda... Eso es... Qué ricura de niña... (La besa).

*Teresa* (brusca)—Mira. Ya está hirviendo el agua. ¿No hay que echarle ya el café?

*Eliseo* (efusivo, inquieto)—Sí... ahora... no hay prisa... Déjalo... Te he esperado toda la tarde.

*Teresa* (elusiva)—Estuve a punto de no venir.

*Eliseo* (mimoso e inhibido)—¿Entonces es que no me quieres?

*Teresa*—¿Habría venido si no te quisiera?

*Eliseo* (tierno y cauteloso)—Tienes razón... Me gustan tus ojos... Nunca te los había visto de tan cerca.

*Teresa* (ansiosa)—Yo debiera irme... Estate quieto... Me vas a dañar el peinado... La greca sigue hirviendo... Se te va a dañar.

*Eliseo* (vagamente)—No importa... (La besa).

*Teresa* (afanosa)—Se te daña... mi vida... Desconéctala por lo menos.

*Eliseo*—Amor mío... Teresita mía...

*Teresa* (angustiada)—Eliseo...

*Eliseo*—Teresa...

*Teresa* (apasionada)—La greca, mi corazón...

*Eliseo* (susurrante)—Déjala que se queme, ¿comprendes?... Por amor de Dios, déjala que se queme...